

guión

“Mito” es una palabra que hoy día está en curso, casi de moda, pero por otra parte en su sentido más preciso nos remite a tiempos muy antiguos y en su intención, a los mismos orígenes de la Humanidad y del mundo. En su sentido actual significa muchas veces una fantasía desbordada, una forma de falsear la verdad de los hechos y de las personas. Mitificar viene a ser lo mismo que mixtificar, mezclar y confundir las cosas. Respecto a la mentalidad del hombre moderno, los mitos se presentan como incompatibles con su pensamiento científico y crítico. A los mitos de las Religiones se los define a veces como “historia de los dioses”. Pero el hombre moderno no cree ni en los dioses ni en sus “historias”. Dejamos a un lado la cuestión de si este mismo hombre no tiene también sus mitos, quizás mitos secularizados, que siguen desempeñando una función importante en su vida. Pero por otra parte el mito está emparentado con el símbolo y el símbolo tiene una riqueza de significado que no puede ser sustituida por un lenguaje puramente técnico. La poesía —una forma de lenguaje simbólico— es intraducible a formulaciones científicas; lo que se ganaría en precisión se perdería en sugerencia. Puede que lo mismo suceda con el mito. En los artículos de este número se notará repetidas veces su ambigüedad: por los diversos usos que se hace del término, pero también por el mismo valor significativo de su sentido más estricto.

El problema que más concretamente nos ocupa es la relación entre el mito y la Biblia. Esta relación pone de relieve una faceta de la cuestión más amplia: ¿qué relación existe entre la religión de la Biblia y las religiones extra-bíblicas (religiones paganas)? Durante siglos apenas si se conocían las culturas y religiones que rodeaban al pueblo de Israel y a los primeros cristianos. Esto impedía que se planteara a fondo la cuestión. Además por el hecho de ser la religión judía (el Antiguo Testamento) y la religión cristiana (el Nuevo Testamento) una religión revelada por Dios se pensaba que no debía tener ninguna conexión con las otras religiones; sería como un meteorito caído del cielo. Sin embargo, a medida que se fueron conociendo las religiones del Próximo Oriente, fueron apareciendo una serie de semejanzas entre ellas y la religión de la Biblia. De la semejanza se pasó sin más a la identidad, al menos parcial, y se sacó como consecuencia que el Antiguo y el Nuevo Testamento dependían simplemente de las religiones del medio cultural en que crecieron. Al término de este proceso el Nuevo Testamento habría

sido la singular combinación de elementos dispersos en el mundo helénico, un mundo que facilitaba la mezcla de diversas culturas de Oriente y Occidente.

Dos acotaciones hay que hacer a este planteamiento, una desde el punto de vista histórico y otra desde el punto de vista de la Revelación. Desde el punto de vista histórico no se pueden desconocer ciertamente las semejanzas y conexiones, pero los investigadores actuales, de diversas confesiones, matizan mucho más que los de principios de siglo. No se puede dar tan fácilmente el paso de la semejanza y conexión a la total dependencia. Sobre todo hay que tener en cuenta que un elemento extraño al ser incorporado a una nueva cultura o religión (en este caso a la religión judeo-cristiana) y ser integrado vitalmente en ella adquiere una nueva significación; ésta procede de la totalidad de la que ha pasado a formar parte. Este es el principio de totalidad, que vale lo mismo para culturas que para religiones, en cuanto son verdaderas unidades y no simples conglomerados. El todo es antes que las partes. El hierro o el fósforo del cuerpo humano es como el de un mineral y sin embargo desempeña funciones específicas (respiratoria, nerviosa, etc); diríamos que ha adquirido, al ser asimilado vitalmente, una nueva significación (vital).

Desde el punto de vista de la Revelación, negando las semejanzas y conexiones, se ha querido afirmar el origen divino y la trascendencia de la Biblia como transmisora de la Revelación (a veces se la identificaba con la Revelación); por el contrario la dependencia haría de la religión de la Biblia una más, quizás superior, pero no la Religión de la Revelación absoluta. ¿Es ésta una verdadera alternativa? Creemos que se da una tercera posibilidad: ni aislacionismo exclusivista ni igualitarismo sino absolutez inclusiva. Queremos decir que la Revelación, de la que es portadora la Biblia, muestra su carácter absoluto y definitivo precisamente porque es capaz de recoger e incluir en sí todo lo válido que estaba disperso en las otras Religiones. Todas ellas son vehículo de la Revelación general, la que se extiende a todos los hombres y a todos los tiempos. La Revelación especial, la que va de Abraham a Cristo y la Iglesia, no es la negación sino el llevar a la plenitud lo que en la Revelación general era imperfecto.

Esta actitud cercana y acogedora no puede ser tachada de paternalista, porque los cristianos creemos (debemos creer) que la superioridad del Cristianismo no está en lo que procede de nosotros sino en lo que nos es dado como gracia, como don gratuito. Es la actitud ya antigua, que aparece en bastantes textos de la Biblia, la de los apologetas cristianos del s. II y en nuestros días la del Vaticano II en su declaración sobre las religiones no cristianas. Desde esta perspectiva creemos que podemos enfocar con mayor comprensión el tema de la presencia del mito en la Biblia.